

nalidad es reiterar el principio de la igualdad de los hombres, borrando sus obvias y reales diferencias.

Esta formación híbrida y ecléctica que Millán atribuye a las escuelas de psicología en México, bien podemos generalizarla a buena parte del continente latinoamericano, sobre todo en los siguientes puntos:

1. La clasificación irracional de conocimientos y contenidos en materias o asignaturas, en áreas o departamentos arbitrarios.
2. Coloniaje teórico o metodológico.
3. Aplicación acrítica de técnicas y procedimientos para resolver problemas de contextos sociales diferentes.
4. Predominio de intereses particulares de grupos docentes en la elección de contenidos.
5. Enseñanza predominantemente pasiva y contemplativa; abuso del «monólogo con coro».
6. Una pretendida y falsa neutralidad metodológica, la que fomenta un individualismo exacerbado.

Todos estos factores que caracterizan nuestra propia dominación en el campo de la psicología, no ha sido totalmente negativa, pues como decíamos, tiene sus ventajas. El hecho de que toda esa psicología no nos pertenezca nos facilita observarla con la debida distancia cultural e ideológica. Para muchos, la decepción inicial ha ido creciendo al reconocer que conocimos, usamos y luego desechamos la psicología dominante porque resulta inadecuada. Reconocer que con la psicología actual no superamos en mucho al sentido común, a pesar de las truculencias teóricas, experimentales, estadísticas y técnicas, no es nada fácil. De hecho, muchos optan por el eclecticismo fácil, otros se mantienen en un sectarismo estéril.

[...]

Hay una serie de características generales que podemos señalar en estos nuevos desarrollos, y que apuntan hacia una psicología crítica latinoamericana:

1. Lo psicológico se ubica en un contexto *socio-histórico*, y este enfoque resulta necesariamente interdisciplinario.
2. Énfasis en un enfoque *antirreduccionista* y *anti-mecanicista* que enfrenta el concepto de lo psicológico como proceso de cambio continuo y cualitativo.
3. *Planteamientos emancipadores* y ubicación de las contradicciones en juego en los problemas psicológicos, en oposición a los criterios de equilibrio y adaptación tradicionales.
4. Una *actitud general de crítica* frente a la psicología dominante y frente a la sociedad que la genera y mantiene, sin que ello suponga que ya se tiene claro un paradigma psicológico más completo. Esta actitud crítica, que no necesita justi-

ficación, es justamente una de las características más prometedoras de estos nuevos desarrollos de la psicología latinoamericana.

5. Una progresiva *aceptación del marxismo* y de los psicólogos marxistas y críticos, marginados por el paso de los paradigmas cíclicamente dominantes. Lo cual supone a su vez plantearse los problemas políticos de una manera renovada, en consecuencia con las perspectivas de movilización y desarrollo de la oposición de izquierda y de los nuevos movimientos sociales.

Todo este proceso de reapropiación de lo psicológico por parte de los psicólogos latinoamericanos valida la propuesta de Bakan, en el sentido de que la psicología se debe alinear de nuevo con el objetivo histórico del conocimiento: servir a la emancipación humana.

El método en psicología política*

Ignacio Martín-Baró

1. Problemas metodológicos de la psicología política

La psicología política es una de las ramas que, en su formalidad específica, más recientemente ha empezado a ser cultivada en América Latina. Esto no quiere decir que sólo en los últimos años la psicología haya vuelto su atención hacia el ámbito de la política y, por consiguiente, que no puedan rastrearse trabajos de psicología política de fechas anteriores; lo que se pretende afirmar es que sólo en las dos últimas décadas, particularmente en la del ochenta, la psicología política ha empezado a ser cultivada sistemáticamente por un buen número de científicos sociales latinoamericanos.

Tres aspectos han contribuido de manera particular a este interés por la psicología política: a) el desarrollo de la psicología y, especialmente, de la psicología social así como el incremento del número de psicólogos en diversos países de América Latina; b) la conciencia sobre la urgencia y gravedad de los problemas sociopoli-

* De Mariza Montoro (coord.), *Acción y discurso. Problemas de psicología política en América Latina*, Venezuela, Eudora, 1991, pp. 39-56.

ticos enfrentados por los pueblos latinoamericanos y de su impacto, directo e indirecto, tanto en la salud mental de los individuos como en su desarrollo personal colectivo; c) una creciente insatisfacción con el papel desempeñado por la psicología al interior del ordenamiento social de los países latinoamericanos, identificado como un papel de servicio predominante a los intereses de las clases en el poder (Martín-Baró, 1986, 1987).

Al intentar el cultivo sistemático de la psicología política, han empezado a aparecer con claridad los diversos problemas que enfrenta esta rama del quehacer científico social. Estos problemas pueden sintetizarse en tres categorías (Martín-Baró, 1988):

1. *Problemas teóricos.* Se carece de una buena teoría que ilumine y oriente el trabajo de investigación y práctica que se realiza. Existen ya algunos esbozos iniciales (por ejemplo, Fernández, 1987; González, 1987), no por incipientes menos valiosos, pero que sin duda están todavía bastantes lejos de constituir una teorización suficientemente englobadora y al mismo tiempo precisa como para servir de sostén a la diversidad de problemas sobre los que se trata de investigar y actuar, desde la alienación laboral hasta la organización sindical y política, desde los traumas producidos por la represión hasta las luchas revolucionarias, desde el liderazgo grupal hasta el sentimiento nacionalista de los pueblos latinoamericanos.

2. *Problemas metodológicos.* No hay acuerdo y ni siquiera claridad respecto a los principios que deben orientar el trabajo de investigación o las formas de intervención, y mucho menos respecto al instrumental adecuado para estas tareas. En este sentido, muchas de las críticas formuladas hacia el quehacer de la psicología dominante no encuentran una elaboración correspondiente en metodologías alternativas. Es este punto el que ocupará nuestra atención en el presente trabajo.

3. *Problemas prácticos.* Evidentemente, la psicología política enfrenta dificultades como consecuencia de sus deficiencias teóricas y metodológicas: la falta de claridad sobre el carácter de los procesos y hechos analizados, así como la carencia de una metodología consistente para el análisis y la intervención, acarrearán obvios problemas prácticos. Pero a esta dificultad intrínseca se añaden las trabas que las condiciones sociales imperantes ponen a ese tipo de trabajo tanto mayores cuanto más críticas sean las áreas abordadas. Hacer psicología política implica involucrarse de manera expresa en el juego de las fuerzas políticas, con todo lo que ello supone en el interior de los regímenes existentes en los países latinoamericanos.

Vamos a examinar brevemente cinco problemas metodológicos concretos que enfrenta la psicología política latinoamericana tal como se está desarrollando en los momentos actuales, de acuerdo a la muestra de trabajos presentados en el presente volumen y el anterior de la misma serie (Montero, 1987).

1.1. *El objeto específico de la psicología política*

El primer problema metodológico está ligado, como no podía ser menos, a los problemas teóricos: no está claro o por lo menos no existe un consenso convincente sobre cuál sea el objeto específico de la psicología política, es decir, el punto o aspecto peculiar sobre el cual deba centrarse el análisis y/o intervención.

La primera confusión surge de la duda sobre si la psicología política debe enfocarse hacia la psicología del quehacer político o si más bien debe examinar lo que pudiera llamar la política de la psicología, es decir, todo aquello que en la psicología y en el trabajo de los psicólogos esté determinado por intereses sociopolíticos o contribuya a articular en la praxis social esos intereses (para un desarrollo mayor de este punto, Martín-Baró, 1988). Ciertamente una cosa es examinar la participación de una población en un proceso electoral o proporcionar atención psicoterapéutica a las personas torturadas por razones políticas, y otra en principio muy distinta analizar la función social que la psicología está desempeñando al interior de un sistema social, avalando, por ejemplo, con el sello de la «ciencia» la discriminación social que se realiza mediante el sistema escolar.

En el caso de que se opte por una psicología de la política, queda todavía por precisar lo que se ha de definir formalmente como comportamiento político. Cabe señalar por lo menos tres posibilidades: a) que el carácter político provenga de lo que se hace; b) que la especificidad surja más bien de cómo se hace; y c) que lo político esté determinado por el sentido de lo que se hace (Martín-Baró, 1988). Expliquemos brevemente estas tres posibilidades.

a) Una visión considera políticos todos aquellos comportamientos que se realizan en el marco del Estado, ya sean sus actores los organismos y representantes estatales (por ejemplo, los gobernantes o legisladores, los partidos políticos), ya sean otros individuos y grupos en cuanto penetran en ese marco (por ejemplo, los ciudadanos que participan en un proceso electoral o en una manifestación política). Este tipo de definición tiene la ventaja de delimitar en forma precisa las conductas y procesos que se considerarán políticos. Sin embargo, como bien señalan Cot y Mounier (1985), «definir la política por el Estado es caer en el institucionalismo», y con ello dejar de lado un buen número de comportamientos que, sin duda alguna, tienen un importante carácter político: por ejemplo, una huelga o paro sindical.

b) Otra visión considera políticos todos aquellos comportamientos en los que se pone en juego alguna forma de poder. En otras palabras, político sería sólo aquel comportamiento que se realiza con poder o despliega alguna forma de poder. Ahora bien, todo comportamiento humano, en la medida en que pone en relación a dos o más personas, involucra un equilibrio de

recursos entre los actores que da poder (o no) a unos sobre otros (Martín-Baró, 1989). En ese sentido, todo comportamiento interpersonal o intergrupar supone algún grado de poder, por mínimo que sea y, por consiguiente, sería político. Pero si todo comportamiento es político, el objeto de la psicología política se vuelve excesivamente amplio y aun vago, y en la práctica casi puede identificarse con el objeto de la psicología en general. Aun aceptando que política y poder son áreas íntimamente relacionadas, resulta necesario precisar más cuándo y bajo qué respecto al ejercicio del poder en las relaciones humanas define a un acto como político.

c) Una tercera visión considera un comportamiento como político a partir de su sentido, es decir, de la relación que ese comportamiento tiene con un orden social y del impacto que en él produce. Por supuesto, todo acto puede remitirse de alguna manera al orden social en el que ocurre, pero no todo acto tiene el mismo impacto sobre él; sólo aquellos actos que tengan algún efecto significativo en el sistema social, ya sea para mantenerlo o para cambiarlo, podrían ser considerados como políticos. El niño que quita a su hermano un juguete está ejerciendo un poder; pero este acto no tiene el impacto sobre el orden social que tiene el acto del patrón cuando se apropia de la plusvalía generada por el trabajo de su obrero, o del gobierno cuando nacionaliza una parte de las tierras de un país a fin de realizar una reforma agraria. En estos casos, el poder ejercido tiene efecto sobre el sistema social establecido, el que contribuye a mantener en un caso y tiende a modificar en otro. Definir el punto en que se considerará significativo el impacto de un comportamiento en el orden social puede ser difícil, pero parece la mejor manera de especificar cuándo un acto es político o bajo qué respecto y en qué medida lo es.

El hecho de que personalmente nos inclinemos por este tercer tipo de definición de lo político no significa que lo consideremos un planteamiento incuestionable que responda a todas las dudas sobre el objeto de la psicología política. Precisamente, ninguna alternativa resulta del todo convincente porque ninguna logra resolver a satisfacción las dificultades que surgen a la hora de precisar el análisis o la intervención de la psicología política. ¿Y cómo encaminarse bien hacia el objeto de la psicología política (que eso es la metodología) si ni siquiera está adecuadamente definido o precisado? Muchas de las deficiencias metodológicas que pueden apreciarse en los trabajos de psicología política se deben a esta imprecisión de su objeto.

1.2. Los presupuestos neopositivistas

Es indudable que la psicología ha logrado su desarrollo actual a partir de los presupuestos del neopositivismo, que toman como paradigma para la investigación el

método experimental tal como se realiza en el laboratorio. Esta atadura de la psicología al método experimental y a los presupuestos neopositivistas ha sido acremente criticada, sobre todo desde la psicología social. Entre las críticas más importantes están las que califican a esta visión psicológica de hedonista, individualista y ahistórica (Martín-Baró, 1986), y de estar basada en una visión muy pobre del ser humano.

Pero, aceptadas estas críticas en lo que tienen de válido, sería un grave error «botar al niño junto con el agua sucia». Es necesario reconocer que la psicología ha conseguido un desarrollo metodológico e instrumental valioso. Se puede y se debe criticar el empleo mecanicista y abusivo que se hace de los tests, y hasta se puede y se debe rechazar muchos de los tests más comúnmente empleados, que traducen serios prejuicios culturales y aun de clase. Sin embargo, no puede descartarse el test como un método de investigación y de práctica profesional, renunciando así a una fuente de conocimiento cuya utilidad ha sido verificada en múltiples circunstancias y con diversos objetivos. No está probado que la utilización de los tests signifique automáticamente la supeditación a los presupuestos positivistas y menos todavía la subordinación a las necesidades del poder sociopolítico establecido, aunque haya que admitir que, con demasiada frecuencia, éste es el caso.

Si se acepta que los métodos empleados por la psicología no están necesariamente vinculados a los presupuestos positivistas, es necesario revisar su utilización concreta para discernir que a los métodos añade la filosofía neopositivista, adherencias que bien pudieran estar afectando esencialmente su naturaleza. Así, por ejemplo, la «operativización» de las hipótesis no tiene por qué incurrir en una cosificación de las variables, ni la interpretación de los resultados puede absolutizar la conexión unidireccional, estadísticamente establecida, o negar el sentido macrosocial del dato individual.

Los métodos y, sobre todo, los instrumentos, no son más que eso, métodos e instrumentos, y lo que se haga con ellos dependerá en buena medida del marco teórico en el que se utilicen, así como del carácter de su misma utilización. Por supuesto, esto no quiere decir que cualquier metodología o cualquier instrumental pueda sin más utilizarse desde cualquier teoría o para cualquier problema; significa, simplemente, que el método debe ser definido desde el planteamiento del problema y no viceversa (Wright, 1959/1977).

¿Cómo recuperar la rica metodología de investigación empleada por la psicología despojada de sus adherencias neopositivistas? Esto constituye todo un problema y un reto al ingenio y claridad científica de aquellos psicólogos que quieran cultivar la psicología política, y así aparece en varios de los trabajos presentados en este volumen y en *Psicología Política Latinoamericana* (1987).

1.3. Métodos cuantitativos y cualitativos

Siempre ha existido en la psicología una tensión entre quienes dan la primacía a los métodos cuantitativos y quienes se las dan a los cualitativos. Durante mucho tiempo esta tensión se ha inclinado en favor de una metodología cuantitativa, entendida en un sentido muy rígido y casi mecánico. Todavía resulta difícil convencer a algunos psicólogos formados en el neopositivismo de que se puede hacer ciencia, por lo menos ese tipo de ciencia que es la psicología, sin necesidad de recurrir a la estadística, y que un estudiante puede realizar una excelente tesis de graduación sin que obligatoriamente tenga que incluir en ella algún análisis de varianza.

Toda cuantificación supone la reducción de los fenómenos a una sola dimensión y, por más que se explique, es indudable que esta reducción significa perder una gran cantidad de información sobre la realidad, pérdida que con frecuencia desfigura la naturaleza misma del fenómeno que pretende reflejar. Más aún, la cuantificación puede inducir una peligrosa codificación del objeto, reducido a número. Un caso típico lo constituye el análisis psicológico de la inteligencia humana. El análisis factorial aplicado al comportamiento inteligente ha llegado a entender la inteligencia como un conjunto de factores o dimensiones ortogonales; considerados en la práctica como elementos reales. Pero la «realidad» de esos factores o dimensiones es la de un simple artificio analítico: se trata de los resultados «bautizados» de un proceso de rotación de una matriz, detenido en un momento determinado por una decisión del analista, para dar razón de ser de la dispersión de los comportamientos frente a determinados estímulos.

De hecho, buena parte de los estudios más influyentes, «antiguos» y «modernos» de psicología social y, ciertamente, aquellos con más implicaciones políticas (estudios como los de Sherif o de Asch, de Lewin o de Milgram) apenas han desbordado el nivel de la estadística más elemental, la presentación de porcentajes. Sin embargo, las principales revistas del área, en particular el *Journal of Personality and Social Psychology*, considerada como «la» cátedra por excelencia de la psicología social dominante, se ha caracterizado por su tendencia a una creciente complejidad metodológica, particularmente notoria con el desarrollo y accesibilidad de los sistemas de computación y los paquetes estadísticos.

Pero, recientemente, la psicología social y, de su mano, la psicología política ha ido volviéndose cada vez más hacia una serie de métodos cualitativos, que permitieran la comprensión e interpretación de los procesos, y no sólo su explicación causal o su correlación. En el medio latinoamericano, la traducción y publicación del libro de Schwartz y Jacobs (1984) ha supuesto algo así como un espaldarazo formal a esta

orientación legitimada ahora por un texto académico reconocido, pero ya utilizada en algunos ámbitos por influencia de la social militante.

Con todo, la tensión permanece, en parte porque con frecuencia la aplicación de los métodos cualitativos no desborda un nivel descriptivo muy elemental y hasta en ocasiones no pasa de la simple especulación, lo que es acremente criticado por defensores de la cuantificación; pero la tensión continúa también porque ahora algunos defensores de los métodos cualitativos han pasado al ataque y pretenden negar si no toda validez sí ciertamente valor social a los métodos cuantitativos. Esta tensión es claramente observable en los trabajos de psicología política: en algunos casos, la metodología es de corte cuantitativo, más o menos complejo; en otros se aplican métodos cualitativos. Y son pocos así los trabajos que tratan de buscar una síntesis metodológica, que integre la formalización cuantitativa sin menoscabo del análisis y comprensión cualitativa de los fenómenos.

1.4. El compromiso personal

Uno de los problemas más intensamente debatidos sobre el trabajo científico, y que es particularmente crítico en todo lo que toca a la política, es el de las opciones axiológicas del propio individuo: ¿cabe introducir en el desarrollo de la ciencia los propios valores o la naturaleza misma que el quehacer científico reclama, la asepsia y el esfuerzo deliberado para evitar que las opciones personales condicionen la búsqueda de la verdad?

Desde la perspectiva neopositivista, no hay mucha duda al respecto: el científico debe abstenerse de mezclar sus valores con su trabajo, y esforzarse por lograr una total objetividad frente a los fenómenos que estudia. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo ni basta la intención, por sincera que sea, para evitar el involucramiento personal en el trabajo. Desde numerosas perspectivas se ha insistido en lo inevitable de la implicación del científico en su trabajo, tanto por la naturaleza del acto de conocer como por el carácter de la relación entre el sujeto y el objeto del conocimiento, en particular cuando, como ocurre en psicología, el sujeto se ve reflejado en su objeto. Se quiera o no, la perspectiva asumida por el investigador, su ubicación social y personal, condiciona lo que puede captar del objeto y aun cómo puede captarlo. La objetividad, entonces, no puede estribar en un simple negar ese condicionamiento limitante, sino en saber y reconocer dónde radica y cómo manejar adecuadamente esa parcialidad o limitación.

El problema del involucramiento personal es particularmente agudo en psicología política, ya que hay una implicación de sujeto y objeto por partida doble: desde la psicología, porque el científico es también hu-

mano; desde la política, porque todo lo que concierne al ordenamiento de la vida social afecta decisivamente la vida y destino del científico. Resulta entonces absurdo pretender una asepsia frente al fenómeno de la tortura, una indiferencia frente a los conflictos de nuestra propia clase social o una imparcialidad frente a la educación política de nuestros propios hijos. En todos estos casos el científico se siente afectado por el objeto de su análisis, ante el que tiene una postura y una opción que obviamente condicionan la comprensión que de él puede lograr. Conseguir el necesario sentido crítico para mantener bajo control el influjo de los propios valores es por tanto uno de los problemas de más difícil solución que enfrenta el psicólogo que pretende trabajar el área de la política.

1.5. Epistemología psicopolítica

Vinculado con el problema anterior, el psicólogo político confronta una cuestión todavía más crítica: el criterio para determinar cuándo un conocimiento es verdadero y, por tanto, la dilucidación de lo que en política es verdad.

En psicología clínica es bien conocido el efecto llamado yatrogénico, consistente en el influjo que el diagnóstico y la actitud del médico pueden tener en la enfermedad del paciente. El enfermo con alta temperatura puede empeorar por la preocupación y angustia que le causa el saber que está en un estado grave, pero puede mejorar con la tranquilidad y optimismo que le produce el saber que no está tan mal. De aquí no se sigue que el médico debe ocultar sistemáticamente a los enfermos su estado actual; pero sí se sigue que una enfermedad no es algo que afecte puramente al cuerpo, y que la relación con el médico es un importante factor para la evolución psicósomática de la dolencia. ¿Dónde está entonces la verdad? ¿En reflejar positivamente el estado actual del paciente, o en reflejarlo de manera que se anticipe el efecto que puede tener el conocimiento que se adquiere, es decir, cómo estará tras conocer su estado?

Este efecto del conocimiento en la realidad no es privativo de la relación clínica. En psicología social es conocido el llamado «efecto Pigmalión» (Rosenthal y Jacobson, 1968; Martín-Baró, 1983) y, en general, todo lo que se conoce como las «profecías que provocan su propio cumplimiento» (*self-fulfilling prophecies*; Merton, 1968; Miller y Turnbull, 1986). En psicología política el problema se plantea con particular agudeza por aquello de que «conocimiento es poder», en otras palabras, un saber puede cambiar dialécticamente lo que es verdadero, puesto que lo que era hasta un determinado momento deja de ser así como consecuencia de su conocimiento público o de la toma de conciencia sobre su realidad. Este problema es confrontado de manera original por la llamada «investigación acción» (Fals

Borda, 1986), que somete el conocimiento a los intereses de los propios investigados y, por tanto, hace de la verdad no un dato estático, sino dinámico.

El problema sobre el criterio de verdad toca uno de los aspectos más de fondo de la psicología política tal como se realiza actualmente en América Latina; su objetivo. ¿Para qué hacer psicología política? ¿Busca la investigación el conocimiento por sí mismo, o se busca sólo en cuanto es necesario para cambiar las situaciones confrontadas por los pueblos latinoamericanos? Y es que el quehacer psicopolítico no sólo está condicionado por el «desde dónde» y «desde quién», sino también por el «para dónde» y «para quién». Más allá de temáticas y métodos preferidos, algunas de las diferencias más significativas que se van perfilando entre la psicología política latinoamericana y la que se realiza en Estados Unidos o en Europa, puede surgir de este condicionamiento teleológico, con serias consecuencias metodológicas en la definición de la verdad y en los criterios de validación del conocimiento adquirido.

2. Principios metodológicos

Frente a los cinco problemas metodológicos confrontados por la psicología política latinoamericana, podemos plantear cinco principios correspondientes que, en nuestra opinión, están orientando el trabajo concreto que se realiza en esta área. Esto no quiere decir que todos los psicólogos latinoamericanos que investigan o actúan en psicología política estén de acuerdo con todos y cada uno de los principios y mucho menos que sus trabajos se adecúen a ellos; un somero examen de los informes y análisis publicados en este volumen y el anterior (1987) bastaría para refutar esa pretensión. Lo que sí se mantiene es que estos principios dibujan un horizonte metodológico fundamentalmente diferente al planteado por el neopositivismo, es decir, configuran un nuevo paradigma metodológico, y que a él se adhieren con más o menos convicción y coherencia psicólogos como los que colaboran en el presente volumen.

2.1. La integridad del ser humano

Buena parte de las deficiencias de la psicología se deben a su tratamiento fragmentado del ser humano. El objeto estudiado y analizado por el psicólogo no es con frecuencia el hombre o la mujer de la realidad social de cada día, el niño o el anciano que trabajan y aman, sufren y se divierten, nuestro vecino o nosotros mismos, sino un ser abstracto, descontextualizado, un conjunto de variables más o menos ligadas entre sí, pero carentes de vida real y, sobre todo, de historia.

La psicología política pretende una reconstrucción del objeto de la psicología, devolviendo el ser humano

a su sociedad y a su historia, es decir, recuperando su existencia personal social. Ello requiere ante todo considerar al ser humano en su exterioridad e interioridad. El ser humano es una realidad objetiva en el ámbito de una sociedad y, por tanto, objeto y sujeto en las circunstancias, producto y productor de unas condiciones materiales, interlocutor y referente de unas relaciones sociales. Pero el ser humano es también una realidad subjetiva, generador de una perspectiva y de una actividad y, por tanto, productor de una historia (personal y social) y portador de una vivencia. Ver así al ser humano requiere devolverlo a su circunstancia social y a su historia, que no son simples variables que se sumen a una realidad personal, sino constitutivos esenciales de esa misma realidad.

En segundo lugar, la reconstrucción del objeto de la psicología requiere la recuperación de la dimensión macrosocial del ser humano, sin por ello descartar la dimensión microsociedad individual, así como elaborar las mediaciones históricas entre esas dimensiones. Es raro el estudio psicológico que desborda el plano del individuo y, en el mejor de los casos, que hace del contexto sociohistórico algo más que una variable ambiental. Hay quienes incluso, han hecho del individualismo el principio por excelencia de la metodología psicológica (Lukes, 1973). La psicología política, por el contrario, al remitir al ser humano y su comportamiento al sistema social del que es parte y actor, obliga a incluir el marco estructural en todo análisis, y no como algo extrínseco al comportamiento de las personas y grupos, sino como un constitutivo esencial suyo.

Ahora bien, el peligro radica en creer que se satisface la exigencia de la psicología política adicionando una nueva «variable», es decir, limitándose a una mera yuxtaposición del aspecto macrosocial con los análisis microsociales, quizás uno y otros cuidadosamente elaborados, pero sin una suficiente conexión entre sí. La incorporación de la dimensión macrosocial exige elaborar todas las mediaciones psicosociales que vinculan históricamente la realidad de las estructuras sociales básicas con los comportamientos concretos de los individuos. En la interfase entre lo macro y lo micro se filtran y depuran los intereses sociales y, por tanto, se genera la ideología. De ahí, por ejemplo, que no satisfaga la exigencia de la psicología política el establecer una simple correlación entre una determinada acción o forma de actuar y la pertenencia a una clase social; es necesario, más bien, examinar todos aquellos procesos que van desde la pertenencia de un individuo a una clase hasta su manera de comportarse, para discernir así por qué ese individuo actúa de un modo y su hermano, perteneciente en principio a la misma clase social, no; pero es necesario también examinar la relación en la otra dirección, es decir, el sentido que el *actuar* de uno y otro tienen al interior de su sociedad, y el impacto que sus diversas formas de actuación produce en el balance de fuerzas sociales. En este sentido, la psico-

logía política debe enfocar su atención a los procesos conformados del ser y actuar de las personas y grupos, así como a las vivencias mediadoras y a los efectos de ese actuar, y no sólo las formas psíquicas ya definidas (cualquiera sea el modelo empleado para esa definición) o a los comportamientos ya realizados como simples datos positivos.

2.2. Superar la dualidad sujeto-objeto

El quehacer de los psicólogos, sobre todo el de los dedicados a la investigación aunque a veces también el de los ocupados en la práctica profesional, suele asumir como punto de partida la dualidad sujeto-objeto: ellos son los sujetos de la actividad y el otro o los otros son los objetos del estudio, el análisis o la experimentación y, en todo caso, objetos pasivos, sin posibilidad de definir o determinar la interacción. Esta relación asimétrica tiende a despojar de alguna de sus características más propias a la persona que ocupa el lugar de objeto, convirtiéndola con frecuencia en una cosa a la que se examina y se estimula, a la que se observa y pregunta, pero a la que no se le ofrece la posibilidad de acción recíproca o, al menos, de participar en la dirección del proceso. El saber o el efecto producido se deberán, así, a la acción unilateral del psicólogo, pero no propiamente a la interacción entre el investigador y el investigado. Nada de extrañar, entonces, que con frecuencia las personas sientan que el investigador les toma como simples cobayas de laboratorio, y que no pocos rechacen a los encuestadores y entrevistadores que acuden a ellos con la justificación de que el conocimiento adquirido les será útil posteriormente —cuando la experiencia indica todo lo contrario, es decir, que ese tipo de saber o es archivado en tesis que nadie lee o es utilizado más bien por quienes desde el poder no comparten sus intereses.

Romper con la dualidad en la investigación de la psicología política requiere que tanto el investigado como el investigador sean sujetos del conocimiento que se produce. Según Fals Borda (1986), en ello radica la esencia de la participación: en «el rompimiento voluntario y vivencial de la relación asimétrica de sumisión y dependencia, implícita en el binomio sujeto/objeto». La superación de la asimetría resulta así particularmente importante en psicología política, ya que lo que está en juego es un conocimiento político y, por tanto, un poder crucial para la vida de grupos y personas.

Debiera, con todo, evitarse la creencia ingenua en la participación por la participación. Una visión simplista surgida de ciertos desarrollos de la llamada «dinámica de grupos» ligados con la «no directividad» rogeriana tiende a atribuir virtudes casi milagrosas a la participación, lo que entraña en ocasiones consecuencias muy engañosas. La cosificación y asimetría de la

relación investigativa no se supera con cualquier tipo de participación por parte del investigado; de hecho, con frecuencia se le pide que actúe con espontaneidad o que exprese lo que le parezca mejor, lo que no cambia de por sí la naturaleza de la relación con el investigador, que sigue siendo el dueño de las decisiones fundamentales. Tampoco debe creerse que se supera la dualidad sujeto-objeto cuando el investigador abdica de su saber. Ocurre aquí algo semejante a cuando el educador pretende convertirse en simple «facilitador», cambio contra el que Paulo Freiré ha protestado vehementemente y que nada tiene que ver con su pedagogía «del» oprimido. El investigador debe traer a la relación investigativa su conocimiento y su experiencia técnica de manera semejante a como el educador debe aportar su saber teórico y práxico a la relación pedagógica. El eje de una participación que permita superar la dualidad sujeto-objeto no estriba en que el investigador abandone su saber o en que acepte ingenuamente cualquier iniciativa del investigado, sino en que la investigación se realice mediante un proceso de diálogo continuo entre investigador e investigado, considerado como interlocutor válido desde el principio hasta el final.

2.3. *Libertad instrumental*

Con frecuencia se confunde metodología científica con instrumental técnico, y se considera de manera más o menos implícita que una buena investigación psicológica debe servirse de «tests» y cuestionarios, a ser posible debidamente tipificados («estandarizados»). No es raro que el estudiante de psicología plantee su tesis de grado a partir de un cuestionario que ha visto y le ha gustado o de un test que le parece útil. Así, el punto de arranque (y, las más de las veces, también de llegada) es el instrumento, que cobra un valor final y casi absoluto: la teorización y, lo que es más importante, la realidad enfocada quedan supeditadas a la óptica del test o cuestionario escogido.

La psicología política latinoamericana, al menos la que se realiza durante la década de los ochenta, arranca de una voluntad explícita de contribuir a examinar y a resolver, junto con otras disciplinas, los principales problemas que agobian a los propios pueblos, que son de naturaleza política. Su punto de partida es, por tanto, extrínseco a la propia disciplina; no se trata tanto de dar continuidad al desarrollo de la psicología, cuanto de utilizar la psicología como forma de abordar un aspecto de los problemas que enfrentan las mayorías populares latinoamericanas.

El método, entonces, y con mayor razón aún el instrumental estará necesariamente determinado por el carácter del problema, y viceversa. Nada de nuevo hay en este planteamiento, que no es en modo alguno específico a la psicología política, aunque su particular horizonte de intereses obligue a enfatizarlo.

De este énfasis se sigue una desmitificación de todo el instrumental técnico de la psicología: el carácter científico de una investigación o de un trabajo no está vinculado a la utilización de ningún instrumento en particular. Pero ello mismo hace que se pueda echar mano con toda libertad de cualquier instrumento disponible, siempre y cuando no extrañe por su propia naturaleza una visión reduccionista del problema estudiado.

A la cuestión que planteábamos anteriormente sobre si son recuperables los métodos e instrumentos empleados por la psicología neopositivista, los psicólogos políticos han respondido utilizándolos de hecho con una gran libertad. Por supuesto, esto no resuelve el problema, ya que cabe preguntarse sobre la coherencia de esta utilización en el sentido de si los resultados obtenidos no contradicen las pretensiones y objetivos de la psicología política latinoamericana. Es muy posible que los psicólogos políticos apliquen estos métodos e instrumentos porque son los únicos que conocen o dominan. Pero la respuesta acerca de su validez para la psicología política tiene que ser de carácter empírico, es decir, ver en concreto si han contaminado los resultados o no. Los trabajos presentados en el presente volumen constituyen una muestra que bien puede someterse a ese tipo de análisis.

2.4. *Involucramiento personal*

La psicología política latinoamericana no sólo no pretende lograr un tratamiento aséptico de los problemas sino que arranca con una clara intencionalidad política y, por tanto, con una opción axiológica. Esto no significa que todos los psicólogos latinoamericanos que trabajan el área política coincidan en sus opciones concretas, aun cuando tiendan a estar de acuerdo en una actitud «progresista» y a inclinarse por posturas «de izquierda» con todos los matices que esta caracterización implica en las circunstancias de cada país; pero ni siquiera este acuerdo mínimo se puede generalizar a todos, ya que, por poner un caso claro, existen psicólogos —por fortuna, no muchos— trabajando con las fuerzas armadas de regímenes conservadores y aún represivos. Ahora bien, cualquiera que sea la opción política concreta que mantengan los psicólogos del área, en lo que sí coinciden es en su voluntad de no escindir-se como personas y como profesionales y, por tanto, en llevar sus valores al terreno de su quehacer científico y técnico.

Esta voluntad política supone aceptar el involucrarse en el juego de fuerzas que caracteriza la política. Por ello, rara vez se puede decir que al psicólogo político le interese el conocimiento simplemente por un afán académico de promover el saber; lo que al psicólogo político le interesa es sobre todo promover unas causas sociales, eso sí, desde la particular perspectiva que le pro-

porciona su disciplina. «Lo cortés no quita lo valiente», dice el refrán; y el involucramiento personal del psicólogo político no tiene por qué restarle rigor ni objetividad a su trabajo. Incluso una cierta dosis de apasionamiento puede servir para mostrar la dimensión más vivencial de los problemas, una dimensión que con frecuencia se pierde entre un estilo forzosamente impersonal (¡se ha llegado a prohibir escribir en forma personalizada, como si encubrir el propio discurso con la impersonalidad del «se» —la tercera persona— cambiara su naturaleza y lo hiciera más científico!) y la frialdad de las tablas estadísticas.

Desde este planteamiento metodológico se sigue una íntima conexión entre investigación y participación, entre conocimiento e intervención. No sólo se trata de tomar conciencia del efecto que, querido o no, tiende a producir el mero hecho de la investigación y que como indicábamos anteriormente, en algunos casos puede ser de mucha importancia; se trata de ir orientando la investigación de acuerdo a los objetivos que los propios involucrados en la investigación vayan determinando. Se produce así una relación dialéctica que puede ser extraordinariamente creativa, y que no permite la definición a priori de las metas a las que conducirá la investigación, ya que esas metas deben subordinarse a las justas exigencias de aquellos a quienes más compete la investigación, que no siempre o no necesariamente son aquellos que la financian o la solicitan.

El trabajo psicoterapéutico con víctimas de la represión política realizado en Chile por el equipo de Elizabeth Lira muestra la necesidad de que el psicoterapeuta tenga un claro compromiso político, y que ese compromiso sea del conocimiento de las personas a quienes se pretende ayudar (Lira, 1988; Lira y otros, 1984; Weinstein y otros, 1987). De otro modo, es difícil establecer un mínimo de confianza y el trabajo del terapeuta puede incluso ser entendido como una nueva y sutil forma de agresión sociopolítica, orientada en este caso a la misma intimidad de las personas. Asimismo, el trabajo con sindicatos realizado en Brasil por el grupo dirigido por Wanderley Codo (1987, 1988) es un ejemplo de cómo se puede ir orientando el conocimiento adquirido en la investigación para promover los intereses de los sectores populares (en este caso, sindicales) y, ello por su propia acción y determinación, y no por una decisión benevolente del investigador o de su equipo (Martín-Baró, 1988).

La metodología que mejor satisface este planteamiento es la investigación-acción, tal como la ha desarrollado Fals Borda (1986). [...]

2.5. *El criterio de verdad*

La validación de un conocimiento, el criterio de verdad, constituye uno de los problemas cruciales de cual-

quier filosofía de la ciencia. Ingenuamente se tiende a pensar que la verdad estriba en la simple adecuación entre el conocimiento y la realidad, pero el problema empieza a la hora de definir en qué consiste esa adecuación y, más aún, qué es propiamente «la realidad».

No se trata aquí de elaborar una epistemología de la psicología política, pero sí de subrayar la importancia de este punto como principio que debe regir la metodología de ese trabajo, en particular los diseños investigativos, si quiere ser científico.

La visión neopositivista que ha predominado en la psicología sostiene que la verdad estriba en la adecuación comprobada empíricamente entre un juicio y los datos de la realidad. El supuesto es que la realidad es precisamente un «dato», algo «dado» y, por tanto, objetivo, extrínseco al acto de conocer y al sujeto que conoce. El criterio de verdad radicará, entonces, en la posibilidad de «falsificar» los juicios e hipótesis planteadas a través del examen empírico de esa realidad dada, es decir, ver si se puede o no mantener su validez tratando de mostrar que son falsas. Lo que cuenta es, entonces, el dato positivo, el hecho como objeto independiente que debe imponer su «objetividad» y, por así decirlo, establecer el juicio de verdad sobre el juicio hipotético.

Ahora bien, el planteamiento positivista empieza a flaquear desde el momento en que aparece no sólo la relatividad histórica del conocimiento, sino el carácter social de la misma realidad. Qué duda cabe de que, puntualmente considerado, cada hecho constituye un dato. Pero su facticidad fenomenológica pierde su aparente consistencia cuando de la puntualidad abstracta se le devuelve a concreción social e histórica. Cada hecho social y, por tanto, cada dato psicológico, es lo que es precisamente como producto de una historia; pero en su objetividad dada, en la afirmación de su facticidad (es así y no de otra manera), entraña también una negación: todo lo que podría haber sido «si» se hubieran dado otras condiciones, «si» se hubiera desarrollado otra historia social. El «dato», por tanto, es ininteligible sino en sus esenciales relaciones, diacrónicas y sincrónicas, con todos sus concomitantes sociales y, en particular, a la luz de la lucha y ejercicio del poder social.

Este punto es particularmente crítico cuando se trata de los comportamientos políticos. Uno de los «datos» más abrumadores de la realidad política latinoamericana es el de la alienación, es decir, la falta de control de las grandes mayorías populares sobre su propia existencia y destino. Sin duda, un examen positivista encuentra que el indígena latinoamericano es pasivo, presentista, carente de motivación de logro, fatalista, con un «lugar de control» externo, por mencionar algunos de los rasgos con los que se ha caracterizado su estado de alienación social —características todas éstas que también se han «encontrado» históricamente en todos los pueblos colonizados (Alatas, 1977; Fanón,

1972; Martín-Baró, 1987). Pero ¿no se trata de unos datos no sólo contruidos desde la mente del que tiene el poder, sino que reflejan precisamente esa misma historia, de ejercicio del poder? Este dato, abstraído puntualmente de su historia, pierde su sentido dialéctico, su necesaria referencia a lo que niega en sí, y se cosifica cuando no se naturaliza (se asume como algo «natural») en beneficio de quienes detectan el poder socio-político.

Se pasa así de una concepción estática de la verdad, a una concepción histórica. No se trata de negar el dato en su facticidad; se trata de considerarlo como un momento dialéctico y, por tanto, como una afirmación histórica, relativa; el efecto yatrogénico o las profecías que causan su propia realización antes mencionadas muestran la transitoriedad histórica del dato social. ¿Radicará entonces la verdad en el dato («lo dado») o en lo que «se va dando», el hecho (*factum*) o en lo «por hacer» (*faciendum*)?"}

La psicología política, por su propia orientación, se aboca al ejercicio del poder, a la configuración de la realidad social. En este sentido, el criterio de verdad no puede limitarse a la comprobación de los datos positivos, sino que tiene que estar en la verificación en un posible sentido etimológico del término: *verum faceré*, hacer verdadero. Se trata de hacer verdaderas aquellas realidades políticas que constituyen el horizonte de los pueblos latinoamericanos. Se trata de convertir la afirmación de la alienación de las mayorías en un momento dialéctico que sea negado por la verificación liberadora, es decir, en contribuir a que se «verifique», a que se haga realidad y verdad el proceso de liberación de esas mayorías. El dato factual de la alienación es así sólo un momento de la verdad histórica; la verdad será siempre un proceso, en el que con frecuencia lo que se va haciendo —posibilitado por el conocimiento— transformará lo hecho. Y así con la praxis desmiente con frecuencia la afirmación positiva del discurso ideológico, la verdad política por hacer pondrá al descubierto la «falsedad», históricamente puntual, de muchos datos positivos encontrados.

Soy consciente de la cuestionabilidad de este planteamiento epistemológico. Se dirá que, en el fondo, nada cambia, ya que reconoce la verdad del dato, y lo único que hace es confundir indebidamente el deseo con los hechos, las aspiraciones subjetivas (por bienintencionadas que sean) con las realidades objetivas, el conocimiento científico con su ulterior aplicación y utilización para diversos fines. Pero es distinto reconocer el dato como un momento de proceso de verificación, que reconocerlo como el término de ese proceso; en un caso, se abstrae la realidad de su historia, en el otro se le reconoce en su propia historia, lo que cambia esencialmente su carácter, su sentido y su valor. Se trata de contraponer una epistemología histórica a una naturalista, una concepción dialéctica de la verdad a una concepción estática.

Por supuesto, este planteamiento puede también inducir a un permanente engaño. Poner la verdad en lo «por hacer» no significa que se puedan remitir los procesos a ideales inalcanzables, a perpetuos «si» utópicos. No basta con afirmar tozudamente que «el pueblo unido jamás será vencido» aplazando la victoria a un permanente mañana escatológico que nunca llega; hay que probar en concreto que una determinada práctica histórica es capaz de hacer realidad lo que el dato positivo niega, y ello en un tiempo, un espacio y unas condiciones sociales concretas. Excusarse con que «el que no cambia todo no cambia nada», aunque fuera cierto en principio, puede ser ideológicamente tan engañoso o más que el justificar la realidad existente bajo el supuesto de que el ser humano siempre será el mismo, que «siempre habrá pobres y ricos» y, por tanto, que no cabe aspirar a que se dé «algo nuevo bajo el sol».

3. Técnicas de investigación en psicología política

Un examen de los trabajos presentados en el presente volumen y en el anterior (Montero, coord., 1987) son la mejor prueba de que la psicología política latinoamericana echa mano de prácticamente todas las técnicas disponibles en psicología, sobre todo en psicología social, con la excepción quizás del experimento clásico de laboratorio. A nuestro juicio, esta utilización resulta todavía un tanto acrítica, y pone de manifiesto una fase de transición ya que la aplicación de los principios metodológicos presentados involucra en el fondo un nuevo paradigma de investigación, y es este nuevo paradigma el que hay que operativizar con diseños creativos que utilicen las técnicas necesarias, ya sean las tradicionales u otras nuevas.

No se trata de revisar aquí todas estas técnicas, entre otras cosas porque habría poco o nada que añadir a lo que ampliamente exponen muchos manuales y textos especializados. Hagamos eso sí, una breve clasificación de las técnicas más empleadas (hasta donde llega nuestro conocimiento), pues ello ayudará a completar la visión sobre la metodología de la psicología política latinoamericana.

Se pueden clasificar en tres tipos principales las técnicas más usuales en la psicología política latinoamericana: documentales, observacionales e interactivas. Estos tres tipos van desde una nula a una máxima participación de las personas investigadas y requieren diversos grados de involucramiento personal del investigador.

La valoración de la investigación documental ha experimentado grandes altibajos y prácticamente fue descartada por toda la corriente vinculada al conductismo, tan dominante en los países latinoamericanos en la década de los setenta. Ciertamente, arrastra el peligro de reducir el análisis a una interpretación casi literal de algunos documentos, sin diferenciar suficientemente el

plano del discurso ideológico del plano de los procesos psicológicos involucrados. La gran ventaja que ofrece es la posibilidad de recuperar la dimensión histórica de los procesos y, de ese modo, posibilitar precisamente un análisis ideológico que contraponga el discurso a los comportamientos concretos.

Hay una gran diferencia entre el análisis tradicional de contenido, practicado por la escuela norteamericana de Ithiel Pool (1959), y que se limita fundamentalmente a una cuantificación de los contenidos definidos como unidades analíticas (conceptos, juicios, valores u otros), y el complejo análisis estructural desarrollado por el argentino Eliseo Verón (1976) o el análisis contextual del tipo realizado por Armand Mattelart (1973), que abocan a un meticuloso análisis ideológico. Estas formas son de mucha utilidad para el análisis de psicología política y recientemente han sido muy perfeccionadas por psicólogos franceses (López Aranguren, 1986).

El segundo tipo de técnicas más usadas en la psicología política latinoamericana son las observacionales. Se incluyen aquí tanto los cuestionarios y encuestas, como todas aquellas técnicas utilizadas por la observación participante; por ejemplo, los registros observacionales o el diario de campo. El mayor peligro de estas técnicas radica en la dificultad de superar la dualidad sujeto-objeto que, como veíamos, tiende a cosificar al investigado, sometiéndolo al poder viviseccionador del investigador, que controla el conocimiento y la iniciativa. Su mayor ventaja estriba en la posibilidad de realizar una cuantificación sistemática de los procesos y comportamientos.

Hace ya unos años, proponíamos la posibilidad de utilizar las encuestas de opinión pública como un instrumento de desideologización (Martín-Baró, 1985). Nuestra propuesta surgía de la experiencia concreta tenida en nuestro trabajo como psicólogo social en El Salvador, obligado a enfrentar ese frente enajenador de la guerra psicológica que constituye un elemento esencial de los «conflictos de baja intensidad». Una de las consecuencias más nocivas de esa guerra psicológica es la imposibilidad de que las personas logren una adecuada formalización de sus vivencias políticas. En este contexto de conflicto social se pueden utilizar las encuestas de opinión pública para contribuir a esa particular forma de concientización que es el reconocimiento de la propia experiencia ante el sistema social. Mencionábamos en 1985 cuatro condiciones para que el trabajo de encuesta pudiera contribuir al quehacer desalienador: *a)* que fuera sistemático, tanto temática como temporalmente; *b)* que fuera representativo de los grupos más importantes de una población (lo que es una condición obvia, pero que no conviene olvidar); *c)* que buscara una totalización de sentido, estableciendo hasta donde se pudiera las configuraciones actitudinales que sustentan las opiniones; y, sobre todo, *d)* que devolviera dialécticamente los resultados a la propia población como materia de reflexión crítica.

En 1986 fundamos en la Universidad Centroamericana de San Salvador el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). La experiencia desarrollada desde entonces ha confirmado nuestros planteamientos haciendo del IUDOP una instancia útil para intervenir críticamente en los procesos políticos de El Salvador en el marco de la guerra civil que lo asóla desde 1980. Más aún, la experiencia del IUDOP ha sido esencial para que se inicie un trabajo similar en otros países de Centroamérica (hasta ahora, Costa Rica, Honduras y Nicaragua y, posiblemente, pronto en Guatemala y Panamá).

Un interesante fruto adicional de este trabajo de opinión pública ha sido el desenmascaramiento de la manipulación realizada por el gobierno norteamericano de Reagan sobre los resultados de unas presuntas encuestas del CID-Gallup de Costa Rica. Esos resultados mostraban un apoyo masivo de los centroamericanos a que se ayudara militarmente a la «contra» nicaragüense, y sirvieron para promover la concesión de la ayuda millonaria del Congreso estadounidense. Por el contrario, los resultados obtenidos por el IUDOP y otros centros independientes han mostrando que no existe tal apoyo masivo de los pueblos centroamericanos a la «contra» y ha contribuido al menos a neutralizar la utilización de la opinión pública como instrumento de guerra psicológica en contra del pueblo nicaragüense.

El tercer tipo de técnicas son las interactivas. Aquí se incluyen las entrevistas, sobre todo en profundidad, los grupos de discusión y las técnicas de la investigación-acción. Se trata de técnicas de carácter más cualitativo que cuantitativo y, por lo general, requieren una cuidadosa elaboración e interpretación posterior del material obtenido; por ejemplo, un análisis lingüístico e ideológico de las grabaciones de las discusiones de grupo. De estas técnicas, la más conocida y utilizada es la de la entrevista, que con frecuencia sirve para los llamados «análisis de caso»; la menos conocida y utilizada hasta ahora es la de los grupos de discusión, aunque es una técnica emparentada con ciertas formas de análisis grupal ya hace tiempo empleadas por los psicólogos sociales latinoamericanos (Ibáñez, 1979). Dado su valor para captar las representaciones sociales y el discurso de lo cotidiano en su carácter ideológico, es probable que gane una rápida aceptación y sea intensamente aplicada al trabajo de psicología política en un futuro próximo.